

racion, y fue llamado á esta conferencia Xicotencál el viejo; sin que bastase la razon de ser hijo suyo el delinquente, para que se desconfiase de su entereza y justificacion.

Acriminaron todos este atentado como indigna cavilacion de hombre sedicioso, que intentaba perturbar la quietud pública, desacreditar las resoluciones del Senado, y destruir el credito de su nacion. Inclinaronse algunos votos á que se debia castigar semejante delito con pena de muerte, y fue su padre uno de los que mas esforzaron este dictamen, condenando en su hijo la traicion, como juez sin afectos, ó mejor padre de la patria.

Pudo tanto en los ánimos de aquellos Senadores la constancia pundonorosa del anciano, que se mitigó, por su contemplacion, el rigor de la sentencia, reduciendose los votos á menos sangrienta demostracion. Hicieronle traher preso al Senado; y despues de reprehender su atrevimiento con destemplada severidad, le quitaron el baston de General, deponiendole del exercicio y prerogativas del cargo, con la ceremonia de arrojarle violentamente por las gradas del tribunal: cuya ignominia le obligó dentro de pocos dias á valerse de Cortés con demostraciones de verdadera reconciliacion: y á instancia suya fue restituido en sus honores, y en la gracia de su padre, aunque despues de algunos dias volvió á reverdecer

Vora Xicotencál el viejo contra su hijo.

Viene preso al Senado.

Quitanle las insignias de General.

Cortés intercede por él.

la raiz infecta de su mala intencion, y reincidió en nueva inquietud, que le costó la vida, como veremos en su lugar. Pudieron ambos lances producir inconvenientes de grande amenaza, y dificultoso remedio; pero el de Xicotencál llegó á noticia de Cortés quando estaba prevenido el daño, y castigado el delito; y el de los Embajadores Mexicanos dexó satisfechos á los menos confiados, quedando en uno y otro nuevamente acreditada la rara fidelidad de los Tlascaltécas, que vista en una gente de tan limitada policia, y en aquel desabrigo de los medios humanos, llegó á parecer milagrosa; ó por lo menos se miraba entonces como uno de los efectos en que no se halla la razon natural, si se busca entre las causas inferiores.

Notable fidelidad de los Tlascaltécas.

### CAPITULO III.

*EXECÚTASE LA ENTRADA EN la provincia de Tepeáca: y vencidos los rebeldes, que aguardaron en campaña con la asistencia de los Mexicanos, se ocupa la ciudad, donde se levanta una fortaleza con el nombre de Segura de la Frontera.*

Entretanto que andaba Xicotencál el mozo convocando las milicias de su República, cebado ya en la guerra de Tepeáca, y deseoso entonces de

Dispone la jornada de Tepeáca.

borrar con los excesos de su diligencia las especies de su infidelidad, procuraba Cortés encaminar los ánimos de los suyos al conocimiento de que no se podía excusar el castigo de aquella nación, poniéndoles delante su rebeldía, la muerte de los Españoles, y quantos motivos podían hacer á la compasión, y llamar á la venganza. Pero no todos se ajustaban á que fuese conveniente aquella facción, en cuyo dictamen sobresalieron los de Narbáez, que á vista de los trabajos padecidos, se acordaban con mayor afecto del ocio y de la comodidad, clamando por asistir á las grangerías que dexaron en la Isla de Cuba. Tenían por impertinente la guerra de Tepeáca, insistiendo en que se debía retirar el ejército á la Vera Cruz para solicitar asistencias de Santo Domingo y Jamaica, y volver menos aventurados á la empresa de México; no porque tuviesen ánimo de perseverar en ella, sinó por acercarse con algun color á la lengua del agua, para clamar ó resistir con mayor fuerza. Y llegó á tanto su osadía, que hicieron notificar á Hernán Cortés una protesta en forma legal, adornada con algunos motivos de mayor atrevimiento que substancia, en que andaba el bien público y el servicio del Rey, procurando apretar los argumentos del temor y de la floxedad.

Mal contentos los de Narbáez.  
Protesta que hicieron á Cortés.

Sintió vivamente Cortés que se hubiesen desmesurado á semejante diligencia, en tiempo que tenían

los enemigos, que asistían en Tepeáca, ocupado el camino de la Vera Cruz, y no era posible penetrarle sin hacer la guerra que rehusaban. Hizolos llamar á su presencia, y necesitó de toda su reportación para no destemplarse con ellos: porque la tolerancia ó el disimulo de una injuria propia es dificultad que suele caber en ánimos como el suyo; pero sufrir en un despropósito la injuria de la razón, es en los hombres de juicio la mayor hazaña de la paciencia.

Llámalos á su presencia.

Agradeció como pudo los buenos deseos con que solicitaban la conservación del ejército; y sin detenerse á ponderar las razones que ocurrían para no faltar al empeño que estaba hecho con los Tlascaltécas, aventurando su amistad, y dexando consentida la traición de los Tepeaqueques, se valió de motivos proporcionados al discurso de unos hombres á quien hacía poca fuerza lo mejor: para cuyo efecto les dixo solamente: „Que teniendo el enemigo los pasos estrechos de la montaña, precisamente se había de pelear para salir á lo llano: que ir solos á esta facción, sería perder voluntariamente, ó por lo menos aventurar sin disculpa el ejército: que ni era practicable pedir socorro á los Tlascaltécas, ni ellos le darian para una retirada que se hacía contra su voluntad: y que una vez sujeta la provincia rebelde, y asegurado el camino (en lo qual asistiría con todas sus fuerzas la República) les ofrecía sobre la

Motivos de que se valió para reducirlos.

„fé de su palabra que podrian retirarse con licencia  
„suya quantos no se determinasen á seguir sus ban-  
„deras.” Con que los dexó reducidos á servir en  
aquella guerra, quedando en conocimiento de que  
no eran á propósito para entrar en mayores empe-  
ños; y trató de poner luego en execucion su jorna-  
da, con que se quietaron por entonces.

Eligió hasta ocho mil Tlascaltécas de buena ca-  
lidad, divididos en tropas, segun su costumbre, con  
algunos Capitanes de los que ya tenia experimenta-  
dos en el viage de México. Dexó á cargo de su nue-  
vo amigo Xicotencál que siguiese con el resto de sus  
milicias: y puesta en orden su gente, se halló con  
cuatrocientos y veinte soldados Españoles, incluso  
los Capitanes, y diez y siete caballos, armada la ma-  
yor parte de picas, espadas y rodela, algunas balles-  
tas, y pocos arcabuzes, porque no sobraba la polvo-  
ra, cuya falta obligó á que se dexasen los demás en  
casa de Magiscatzín.

Marcha el  
ejército.

Marchó el ejército con grandes aclamaciones del  
concurso popular, y grande alegría de los mismos  
soldados Tlascaltécas, pronosticos de la victoria, en  
que tenian su parte los espíritus de la venganza. Hi-  
zose alto aquel dia en el primer lugar de la tierra ene-  
miga, situado tres leguas de Tlascála, y cinco de Te-  
peáca, ciudad capital que dió su nombre á la provin-  
cia. Retiróse la poblacion á la primera vista del exér-

cito, y solo dieron alcance los batidores á seis ó sie-  
te paisanos, que aquella noche hallaron agasajo y se-  
guridad entre los Españoles, no sin alguna repugnancia  
de los Tlascaltécas, en cuya irritacion tuvieron diferente  
acogida. Llamólos á la mañana Hernan Cortés, y alentandolos  
con algunas dádivas, los puso á todos en libertad, encargan-  
doles que por el bien de su nacion dixesen de su parte á  
los Caciques y Ministros principales de la ciudad: „Que  
venia con aquel ejército á castigar la muerte de tantos  
Españoles como habian perdido alevosamente la vida en  
su distrito, y la traicion calificada con que se habian  
negado á la obediencia de su Rey; pero que determinandose  
á tomar las armas contra los Mexicanos (para cuyo efecto  
los asistiria con sus fuerzas y las de Tlascála) quedaria  
borrada con un perdon general la memoria de ambas culpas,  
y serian restituidos á su amistad, excusando los daños de  
una guerra, cuya razon los amenazaba como delin-  
qüentes, y los trataria como enemigos.”

Ofrecese la  
paz á los  
Caciques.

Partieron con este mensaje, y al parecer, bastante-  
mente asegurados: porque Doña Marina y Aguilar añadieron  
á lo que dictaba Cortés algunos amigables consejos y seguri-  
dades en orden á que podian volver sin rezelo, aunque fue-  
se mal admitida la proposicion de la paz. Y así lo executaron  
el dia siguiente: acompañandolos en esta funcion dos Mexicanos,